

Hacia una crítica de la imaginación sartreana

Mauricio Molina



En el frente de Alsacia, 1939

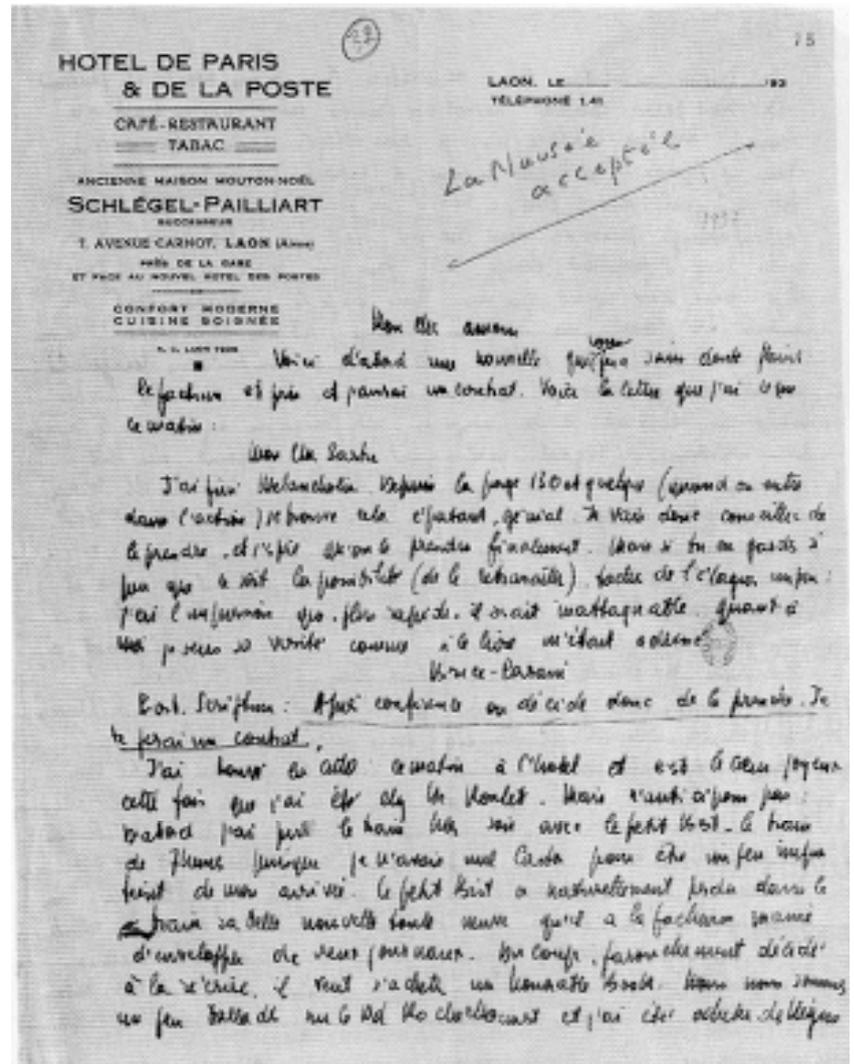
Pocos filósofos del siglo xx gozaron de la popularidad y renombre de un político carismático, de un icono cultural o de un artista polémico como Jean-Paul Sartre. El filósofo francés compartió con el Che Guevara, con John Lennon o con Salvador Dalí la admiración y el rechazo del gran público, a pesar de que muy pocos de sus fanáticos y detractores se hubiesen acercado a su obra con seriedad y distancia críticas.

El existencialismo sartreano, convertido en una moda —con la anuencia y complicidad del propio Sartre— es, con todo, una de las grandes aportaciones del pensamiento del siglo xx. Erigido sobre la idea de la muerte de Dios decretada por Nietzsche a costa de su cordura (también aquí hay que recordar la famosa frase de Lennon cuando afirmó que Los Beatles eran más famosos que Jesús) y emanado directamente de la idea del ser-para-la-muerte del primer Heidegger, a la distancia que nos otorga el siglo XXI, el existencialismo sartreano nos ofrece una perspectiva de la vida, una visión del mundo desde la más compleja ambigüedad y contradicción. Como Nietzsche, Sartre compartió el destino del filósofo como artista, sin llegar por supuesto a los límites de su modelo. Como su maestro Martin Heidegger, Sartre estuvo envuelto en las disputas políticas de su tiempo y, como el autor de *Ser y Tiempo*, a menudo se equivocó en sus compromisos y elecciones, pero sobre todo fue víctima de su fascinación casi maniaca por el poder.

Resulta muy significativo que Heidegger y Sartre, pese a sus disputas y diferencias, hubiesen coqueteado abiertamente uno con el comunismo y el otro con el fascismo, y que muy a menudo hubiesen llegado a justificar, desde sus posiciones aparentemente opuestas, la barbarie totalitaria. A la luz de nuestro tiempo, Heidegger y Sartre son animales políticos mucho más cercanos de lo que a ellos les gustaría estar. El apoyo de Heidegger al nazismo desde su rectorado en la Universidad de Friburgo es un fenómeno paralelo a la fascinación sartreana por el comunismo chino y cubano de profunda raigambre stalinista. La justificación sartreana de la masacre de los atletas israelíes por un grupo terrorista propalestino durante los Juegos Olímpicos de Alemania en 1972 marca uno de los puntos más oscuros de su pensamiento y de sus peligrosas desventuras políticas. (¿Qué pensaría hoy Sartre de Al-Qaeda o de los atentados del 11/09/01?)

El existencialismo que postula el ser-para-la-muerte en la visión heideggeriana adquirió en Sartre un sesgo eminentemente político. El nihilismo no tuvo en Sartre una solución estética, como ocurrió con Nietzsche, quien asumió su destino trágico como un artista filósofo; por el contrario, Sartre encontró en la noción del compromiso político una salida al nihilismo extremo. Es en lo político (y aquí se encuentra una de las diferencias fundamentales entre Sartre y Heidegger, y también la mayor debilidad del pensamiento del maestro francés) donde se resuelve ser despojado de todo fundamento. De ahí proviene la rabiosa defensa de Sartre de los movimientos de “liberación” de los países subdesarrollados en los años sesenta, que como sabemos en muchos casos culminaron en totalitarismos tercermundistas.

Su más importante contribución al nihilismo moderno no radicó en su perspectiva política —demasiado arraigada en la estrecha micropolítica de su tiempo—, sino en el acercamiento que hiciera entre el marxismo y el psicoanálisis, prefigurando a los filósofos del 68 como Michel Foucault, Gilles Deleuze y Jacques Derrida. Sartre le dio una vuelta de tuerca al marxismo clásico volviéndolo mucho más humano, enriqueciéndolo, aunque por desgracia, todavía con el lenguaje escolástico de la dialéctica. Al mismo tiempo dio al psicoanálisis un sesgo de profundidad filosófica al encontrar en la relación entre *Eros* y *Tanatos* un fundamento ontológico



Carta de Sartre a Simone de Beauvoir, 1937

para su propia visión. En cierta forma, el existencialismo sartreano es una proyección filosófica del psicoanálisis al despojarlo de sus pretensiones científicas y al ubicarlo, como al marxismo, en el territorio del humanismo.

Sartre es el padre incómodo de muchas de las corrientes filosóficas posteriores, mucho más allá del ámbito francés de la segunda mitad del siglo XX, y en vano se ha podido eliminar su impronta. Sus hijos más adelantados —Foucault, Deleuze, Derrida, Barthes— son al mismo tiempo emanaciones y críticos del existencialismo, y sus postulados en muchos casos lograron aniquilar al padre Sartre. Incluso filósofos actuales como Fredric Jameson —el filósofo de la postmodernidad estética— y Richard Rorty, que han desarrollado un humanismo comprome-

Sartre es el padre incómodo de muchas de las corrientes filosóficas posteriores, mucho más allá del ámbito francés de la segunda mitad del siglo XX...



Sartre de niño con su familia materna, a su izquierda su abuelo Charles Schweitzer, 1915



Sartre con sus alumnos de filosofía, 1934-1936

tido muy cercano a los modernos movimientos de defensa de los derechos humanos y a la importancia de la ética en nuestros tiempos, surgen de algunas de las posiciones sartreanas.

Todos estos rasgos de la vigencia del pensamiento sartreano no obstan para recordar al personaje repulsivo que adoraba el dinero (el Dalí —*avida dollars*— de la

filosofía), con sus legendarios fajos de billetes ostentosos y ostentados en *La Coupole*, catedral del existencialismo parisino, y cuyo egocentrismo —que culminó en la extravagancia de su rechazo al Premio Nobel— era al mismo tiempo atrayente y desagradable; el mismo personaje que admiraba el “comunismo” bananero de Fidel Castro (hasta el juicio al poeta Heberto Padilla en 1968,

Como Nietzsche, Sartre compartió el destino del filósofo como artista, sin llegar por supuesto a los límites de su modelo.

hay que reconocerlo) y que aplaudió con entusiasmo las persecuciones de intelectuales “burgueses” durante la revolución cultural china en los años sesenta. Toda esa simpatía de Sartre por los movimientos del Tercer Mundo (basta recordar su prólogo a *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon) no hacen sino reforzar, a la luz de nuestro tiempo, una actitud paternalista, eurocéntrica, racista e incluso colonialista, disimulada de buenas intenciones y compromiso político.

En este sentido Sartre personifica las grandes contradicciones del siglo XX: un nihilismo estetizante y acríptico frente al poder, una ética relativista y pulsional que provocó desastres emocionales como los que retratará Simone de Beauvoir en *La mujer rota*, y verdaderos híbridos monstruosos como Wilhelm Reich, y que marcó para mal (y para peor) a toda una generación con la idea mesiánica y teológica de una revolución que nunca llegaría, como sucede con los personajes de su obra dramática más famosa titulada *A puerta cerrada*. En este sentido el existencialismo es digno espejo de la generación hippie que, sumergida en las drogas, el rock'n roll y el amor libre, esperaba que alguien, en algún lado, más allá, acaso Dios, escuchara su llamado y acudiera a su rescate.

Como escritor no puedo sino sentir más simpatía por algunos ensayos literarios de Sartre antes que por su trabajo filosófico. Como autor no llegó a la altura de Albert Camus o de Samuel Beckett, los genios literarios de su tiempo. Sartre nunca pudo superar obras cumbre como *La caída* o *El extranjero* ni pudo responder a *El hombre rebelde* de Albert Camus, esa gran diatriba individualista profundamente antisartreana. Sartre fue un dramaturgo pontificante y programático con evidentes relumbres de genio. A pesar de ello, nunca logró encontrar la poesía y hondura de obras como *Final de partida* o *Esperando a Godot* de Samuel Beckett, donde la angustia, la enajenación, la ausencia de una identidad propia se enfrentan a una sociedad y a un cosmos indiferente, despojado definitivamente del aura de lo divino.

Acaso de su obra sobrevivan algunos ensayos como *El idiota de la familia*, su biografía-estudio sobre Gustave Flaubert, libro inevitable escrito con la misma pasión y rigor que tuvo hacia la lengua francesa el autor de *Madame Bovary*. También habría que rescatar el vuelco existencialista al psicoanálisis que se nos revela en el famoso guión de cine sobre Freud que Sartre escribiera para el cineasta John Huston y que fuera rechazado por éste

a causa de su extensión (el guión de Sartre daba para cuatro horas de película). Pero sobre todo, habría que mencionar *Las palabras*, la cumbre del arte de Jean-Paul Sartre, ese libro genial e imprescindible, acaso la mejor autobiografía del siglo XX.

En su impresionante ensayo sobre Stéphane Mallarmé, Sartre relata cómo el poeta y autor de *Un coup de dés* acudía todos los días a un puente sobre el Sena con la idea de suicidarse y cómo, también, cada día regresaba a su casa como suicida fracasado. Para Sartre la actitud de Mallarmé era emblemática, ya que ponía en evidencia dónde se encontraba el único compromiso posible de un escritor y de un pensador: en el lenguaje. **U**



Jean-Paul Sartre fotografiado por Henri Cartier-Bresson